

## EL REY SAHRIYAR Y SU HERMANO SAH ZAMÁN

**S**e cuenta que hace miles de años existió un rey que dominaba las islas de India y de China. Era el jefe de sus ejércitos y de todos sus servidores. Tenía dos hijos que eran buenos caballeros. Sahriyar, el mayor, heredó el país y gobernó con justicia entre sus súbditos, por eso todos los habitantes del reino lo amaban; su hermano menor, Sah Zamán, era el rey de Samarcanda.

El bienestar duró largo tiempo en ambos países, pues cada uno de ellos gobernaba con justicia. Tras veinte años, el hermano mayor deseó ver nuevamente al hermano pequeño, por lo cual envió a su visir para que lo visitara y regresase en su

compañía. Y así fue. Sah Zamán ordenó sacar sus tiendas, sus camellos, sus mulos y sus auxiliares, y emprendió la marcha hacia los estados de su hermano Sahriyar. Pero cuando llegó la medianoche, recordó que había olvidado un regalo y regresó a buscarlo. La sorpresa fue muy grande cuando entró en su alcázar y encontró a su esposa abrazada a un esclavo. Sin pensarlo mucho, desenvainó la espada y les dio muerte a los dos. Luego volvió al campamento y emprendieron la marcha.

El viaje fue muy largo. Cuando llegaron al reino del Sahriyar, éste recibió a su hermano y a su séquito con una inmensa alegría. ¡Toda la ciudad lucía engalanada! Sin embargo, cada vez que el rey Sah Zamán recordaba lo que le había sucedido con su esposa, la tristeza inundaba su corazón. Su rostro palidecía cada vez más y su cuerpo perdía peso. Cuando su hermano percibió su malestar y dolor, interpretó que se debía a tantos años de alejamiento. Entonces tomó ánimo y le dijo con mucho afecto:

—¡Hermanito mío! ¡Te veo débil y pálido!

—Hermano, en mi interior hay una herida... —contestó Sah Zamán sin atreverse a contarle las razones de su tristeza.

Cuando su hermano lo invitó a ir de caza, Sah Zamán rechazó la propuesta. Mientras estaba en el palacio, se asomó a una ventana que daba al jardín y observó que la esposa de su hermano Sahriyar avanzaba por allí, acompañada de veinte jovenzuelas y

veinte esclavos. ¡La muchacha era hermosísima! Estaba contemplando su increíble belleza cuando vio que, al llegar a una fuente, la esposa del rey llamó a un esclavo, y éste se adelantó, la abrazó y la colmó de besos. El resto de los esclavos y de las doncellas también se abrazaron y se besaron en medio de las risas y de la algarabía.

Al ver esta escena, Sah Zamán exclamó sin contenerse:

—¡Por Dios! ¡Qué liviana es mi pena comparada con ésta! ¡Esto es mucho peor que lo que a mí me ha ocurrido!

La desgracia de su hermano le mitigó el dolor, y desde aquel momento comió y bebió de tal manera que, al regresar el rey Sahriyar, lo encontró totalmente recuperado. Ante la insistencia de su hermano por saber el motivo de sus males y el remedio para curarse de ellos, Sah Zamán no pudo esconder la verdad y le contó todo lo que había visto. Sahriyar le dijo entonces:

—Quiero verlo con mis propios ojos.

Entonces ambos elaboraron un plan para sorprender a la infiel mujer: fingirían que el rey se iba nuevamente de caza y la espiarían juntos. ¡Sahriyar creyó enloquecer al ver a su amada esposa en brazos de uno de sus esclavos!

De inmediato, movidos por el rencor y la desilusión más profunda, ambos hermanos emprendieron un largo viaje para olvidar sus penas de amor

y para saber si a otros hombres les había ocurrido lo mismo. Y ambos quedaron completamente pasmados cuando fueron testigos de cómo una bella mujer se atrevía a serle infiel a su amo y señor, un enorme y poderoso genio. Así comprendieron que debían consolarse y seguir adelante con sus vidas.

Regresaron a la ciudad de la que habían partido y entraron al alcázar, donde el rey Sahriyar le cortó la cabeza a su esposa, al resto de las jovencuelas y a los respectivos esclavos. Desde entonces, cada noche y durante tres años, el rey tomó a una jovencita, pasó una noche con ella y, al día siguiente, sin la menor compasión, la decapitó. Como muchos estaban desesperados y huían con sus hijas para salvarlas de la crueldad del rey, la ciudad se fue quedando poco a poco sin muchachas.

El visir tenía dos hijas muy jóvenes y hermosas: Sahrazad, la mayor, y Dunyazad, la menor. La mayor había leído libros, historias, biografías de los antiguos reyes y crónicas de las naciones antiguas. ¡Se cuenta que había llegado a reunir mil volúmenes! Sahrazad tenía, gracias a todo lo que había leído, una gran imaginación. Entonces, movida además por una gran confianza en sí misma, le propuso a su padre que ella quería ser la próxima joven que pasara una noche con el rey Sahriyar. Intentaría apaciguar su cólera y, si lo conseguía, salvaría su vida y la de las demás jóvenes. Para eso necesitaba contar con la ayuda de su hermana Dunyazad, a quien instruyó al respecto.

Pese a que al principio se resistía, el visir condujo a Sahrazad ante el rey y la puso a su disposición. Pero cuando el monarca quiso abrazarla y besarla, Sahrazad se largó a llorar. Entonces el rey le preguntó cuál era el motivo de sus lágrimas, a lo que ella respondió:

—¡Oh, rey! Tengo una hermana pequeña. Desearía despedirme de ella antes de pasar contigo la noche y que luego me mates.

Y el rey no vio objeción alguna y mandó que fueran a buscarla. En cuanto Dunyazad llegó, se abrazó con su hermana y luego se sentó al pie del lecho. Entonces Sahrazad cumplió el deseo del rey y se entregó a sus caricias y a sus besos. Cuando estaban ya descansando, Dunyazad puso en marcha el plan ideado por Sahrazad y le dijo:

—¡Por Dios, hermana mía! Cuéntanos una historia para distraernos del insomnio de esta noche.

—De mil amores —respondió la joven—, si este rey bien educado lo permite.

Cuando el rey oyó estas palabras, como también estaba desvelado, se alegró, le dio permiso y se dispuso a escuchar atentamente a la hermosa Sahrazad.